

JAIME, LA SIMPATIA PERSONIFICADA

Cuando Jaime Inchaurrandieta llegó a México, CANCHA aseguró que el gran zaguero —tipo esbelto, gallardo, de vasco cien por cien— rápidamente habría de ganarse las simpatías del público del jai alai.

Jugador serio, formal, voluntarioso, con espléndidas facultades para lucir en el violento deporte y poseedor de una arrolladora simpatía personal, no es de extrañar que en los nueve meses que lleva de residencia entre nosotros, haya llegado a ser uno de los pelotaris más queridos y admirados por todos.

Jaime gusta hoy y gustará siempre. Es de los que jamás regatea esfuerzos. No sabemos que en ninguna de sus actuaciones haya defraudado a sus muchos partidarios. Su elevado sentido del honor profesional, le mueven en todo momento a rendir esfuerzos, a menudo superiores a su condición de máquina humana.

En el año que acaba de morir —y bien muerto está— Inchaurrandieta ha realizado una espléndida campaña. Intervino en numerosos partidos estelares. Y siempre bien.

Una vez más, conviene repetir que Jaime terminó muchos partidos resentido de su brazo derecho. Nunca le oímos una queja. Salía a jugar y jugaba con alegría, con un entusiasmo de novel, que, naturalmente, se traducía en más simpatías y admiradores por su persona.

Jaime está hoy completamente repuesto de su lesión. Quince días le bastaron de descanso para que regresara al concreto a demostrar que si bueno fué, mejor ha de ser todavía.

La reaparición de Inchaurrandieta, tras de ponerse en manos de los médicos, fué sensacional. Barrió. Volvió a jugar. Y volvió a llegar con holgura a la meta.

Esperamos más, mucho más, para este año, del simpático ermua-tarra.

